

CUESTIONES METODOLÓGICAS Y DE LECTURA: PROCESOS, FIGURAS Y PRODUCCIÓN DE SENTIDO EN LAS PRÁCTICAS INSTITUCIONALES.

por Roberto Montenegro*

Presentación

Las situaciones de intervención institucional, en sentido estricto o lato y en sentido "débil"¹, generan nuevos *escenarios y dramas* en los recintos institucionales. Estos *dramas sociales* son producidos por derivación de los mecanismos que gatilla el cumplimiento de un contrato y el consecuente montaje de los diseños para la realización del trabajo situacional.

La línea de trabajo que tomo como referencia sigue los lineamientos del *análisis institucional*. En la instancia de intervención en el campo, en el momento *socioanalítico* se emplean, entre otros recursos, dispositivos grupales que tienen la capacidad de operar como mecanismos audiovisuales. Como tales son un instrumento adecuado para facilitar la circulación de la palabra y de las miradas, al margen de las codificaciones propias de los espacios institucionales. Los dispositivos grupales posibilitan procesar la polifonía de

* Roberto Montenegro. Profesor e Investigador de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional de Quilmes. Profesor de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora.

¹ La intervención institucional, en sentido estricto, presupone un requerimiento específico de intervención por parte de la institución consultante. Apunta a la realización de un análisis profundo de los espacios e instancias, del cual derivarán modificaciones y transformaciones de diverso orden, o al menos éstas se ofrecerán como posibles. En suma requiere de un específico contrato entre consultante-consultado que instale la intervención institucional como proyecto. Dado que este tipo de situación no es el más habitual, he propuesto la noción de intervención en sentido "débil" para aludir a prácticas que no presentan un marco contractual nítido como el citado; pero que implican la instalación de espacios y secuencias de acciones en las que las relaciones sociales, los posicionamientos y las producciones simbólico-imaginarias sufren distintos grados de afectaciones. En ese sentido intervenciones de este tipo pueden darse en la práctica docente, el trabajo en ciertos ámbitos organizacionales, la participación en eventos como encuentros, jornadas, etc., donde el requerimiento es relativamente puntual o está contenido en un marco contractual más amplio.

voces que recorren los espacios institucionales y que usualmente se encuentran acalladas por la circulación de la palabra autorizada, por la rutina o por el hábito.

En el presente escrito realizaré algunas reflexiones acerca de las implicaciones del **proceso de observación**, en un diseño de trabajo grupal, pero extensible a otras situaciones en las que se ponga en juego dicho proceso. Seguiré la constitución de uno de los *agentes* de los dispositivos de trabajo socioanalítico, la figura del **Cronista**, el observador², y examinaré ese particular objeto cultural que el dispositivo grupal ilumina como “crónica”. Por último señalaré las implicaciones de ese juego singular que es la **producción de sentido**.

1. La constitución del observador y de los procesos de observación

En las ciencias sociales hoy, después del eclipse de los paradigmas propios del “consenso epistemológico”, con posterioridad al retorno de la tradición interpretativa, y ante las inflexiones que conforman el horizonte discursivo contemporáneo, se ha desplegado la denominada *perspectiva hermenéutica*.

En ella se toma en consideración a las circulaciones simbólicas e imaginarias, a sus inscripciones, y a los procesos interpretativos que se despliegan en los espacios institucionales. Un supuesto básico propio de esta línea de pensamiento sostiene que la “operación *Verstehen*”, anclada en la tradición de la sociología comprensiva weberiana, no debe ser pensada como un momento de la investigación, un paso previo al desarrollo de aquello que se considera “verdaderamente científico” (el momento de la explicación). La

² Esta figura ha tenido menos consideración que la del coordinador en los dispositivos grupales. Así como este último se inscribe de un modo particular de acuerdo al dispositivo grupal, y también según el momento epistémico (ANA M. FERNÁNDEZ) en el que se inscribe el dispositivo, así también lo hace el observador. Su gestión y productos son involucrados en un nuevo horizonte de sentidos. Entre los requerimientos se encuentra la integración a un grupo, no a un mero equipo en el que se desempeña un rol; por otro lado, es necesario sostener de modo constante la orientación hacia la expectación en los procesos de observación, pues el lugar que más llama es el que sitúa en términos de expectativa, de modo que la tendencia es a observar lo que se esperaba encontrar, y esto rara vez falta al orden que lo aguarda.

operación de interpretación no es exclusiva de las ciencias sociales, ni se agota en lo puramente metodológico, pues la *acción social* sustenta su condición de existencia en los *procesos interpretativos*.

La **comprensión** (*verstehen*), no implica necesariamente que se deba atribuir a ésta un sentido empático, la presunción de una certeza inmediata, de carácter psicológico. Al localizar a los fenómenos sociales en el dominio lingüístico, discursivo, las condiciones de producción de los mismos son observables para cualquiera.

A partir de Schütz, aun cuando en la formalización que realiza toma en consideración el punto de vista del actor, se produce un descentramiento que hace girar el punto de vista subjetivo y lo coloca en relación a coordenadas sociales. Esto obedece a uno de los aportes de Schütz que han permitido comprender la producción de *objetos mentales* y la construcción de *tipicidades* que juegan en los procesos interactivos, el postulado de la **reciprocidad de perspectivas**. Después de haberse elaborado esta noción la referencia es a un “yo” situado en sus espacios de interacción, y son éstos los que producen el ajuste y puesta en común de las perspectivas allí comprometidas.

Las operaciones de *distinción y puntuación* son propias de la *constitución* de las situaciones sociales. La distinción, en este contexto, alude a que la *descripción* encuentra su fundamento en una *operación* cuyo efecto es la producción de una distinción. Esta operación, por tanto, genera una diferencia que posibilita localizar *algo* recortado de un fondo indiferenciado. Ahora, como la traza vuelve recursivamente sobre quien realiza la operación, éste deviene trazado, y queda conectado de este modo a una *pauta recursiva*. Como deriva de este carácter reflexivo es posible volver sobre ese algo, cualquiera fuere su “contenido”, y realizar nuevas operaciones, esta vez de *puntuación*, ampliando ámbitos y dimensiones en un proceso generatriz, sin otros límites que aquellos fijados por el propio despliegue de las operaciones.³

La superación del representacionalismo no deriva, para el denominado “constructivismo radical”, en un constructivismo solipsista, pues el conocimiento implica un vínculo entre el organismo y su entorno, un campo experiencial que posibilita el “encaje” entre el dominio mental y el dominio físico.

En este escrito no sigo de modo consecuente esta postura epistemológica, pues difiero del deslizamiento que sufre el concepto de *observador*, el cual finalmente es alcanzado, a mi juicio, por un deslizamiento de sentido que lo

³ KEENEY, BRADFORD P., *Estética del cambio*, Buenos Aires, Paidós, 1987. Esta línea de pensamiento se inscribe en el constructivismo radical, uno de cuyos aportes mayores se encuentra en la obra de VON FOERSTER.

connota como un “yo”, o al menos como **Self**. Es cierto que la *mente* no es concebida como interior, pero cuando se habla de observador éste es pensado como acoplado en la deriva ontogenética y el entorno, e integrado en una *comunidad de observadores*. Esta imagen recuerda la concepción del sujeto presente en los últimos escritos de Husserl, cuando subraya la presencia del mundo sociohistórico circundando al yo. De este modo la dicotomía individuo-sociedad parece desplazada, pero insistiendo en el travestimiento una vez más.

El constructivismo mantiene con demasiada frecuencia la idea de clausura, bien sea para dar cuenta del dominio de existencia biológico, o para dar cuenta de la recurrencia de la identidad en un “yo”. De todos modos estas afirmaciones quedan abiertas a la discusión. Aquí simplemente quiero correrme en la medida de lo posible de todo aquello que implique poner énfasis en la percepción, en las operaciones de una *persona*, sede de intenciones, aun cuando se la piense inscripta en una comunidad de observadores, postulado con el que coincido siempre y cuando éste apunte a localizar allí al sujeto.

El posicionamiento eminente lo produce el medio sociocultural, que interpela a un sujeto como su operador en un campo de posibles. En este nivel reinan los dispositivos discursivos con sus *emplazamientos*, derivados de los *regímenes de enunciabilidad* y los *regímenes de luz* que les son propios.⁴

Desde el punto de vista de los agentes implicados en las rutinas cotidianas esta dimensión tiene carácter de transparente, pues está conformada por una red de reglas y procedimientos de orden implícito. Desde el punto de vista del sujeto emplazado es el dispositivo el que lo posiciona para que trace las distinciones que tiene que trazar y no otras, el que otorga las condiciones de posibilidad para que pueda *ver* algo e invisibilizar lo otro. En ese sentido no hay exterioridad de un sujeto concebido como persona en relación a las reglas y disposiciones del emplazamiento. La operación de distinción, por así decirlo, no es, no digamos ya de un sujeto que tiene capacidad de intencionar, sino que ni siquiera es propia de un sujeto concebido como operador de los recursos cognitivos que le otorga su comunidad de observadores. Es sólo efecto de discurso y de afectaciones.

En otro registro podemos visualizar al **observador** como una **figura** que se instituye al *distinguir* desde el lugar que le marca un *dispositivo*.⁵ A este dispositivo lo podríamos denominar “artificial” (un artificio instrumental).

⁴ Como se sabe, estos conceptos derivan de los aportes de M. FOUCAULT.

⁵ El “observador” aquí considerado es un enunciador y es la huella de una operación de emplazamiento que se deja enunciar en la identidad de la figura.

Herramienta de orden discursivo que se ubica en otra serie, la que corresponde a las ciencias sociales en operaciones. En nuestra modalidad de trabajo se trata de *diseños de intervención* en los espacios institucionales y *dispositivos grupales*, generados como emergentes del saber del discurso de los grupos.⁶

La operación de distinción y descripción enlaza recursivamente con la prescripción, pues la potencia estructurante del lenguaje produce un mundo de significaciones en la trama de sentido que se actualiza permanentemente. Esta es producida y reproducida en los intercambios conversacionales. Es un proceso de *ontologización* permanente, pues la reflexividad del lenguaje posibilita siempre realizar algún “bucle” sobre las construcciones previas y efectuar nuevas distinciones. A su vez, el observador traza sobre sí mismo las tipicidades que lo caracterizan. Estas se realizan de acuerdo a las disposiciones exigidas por la *competencia* discursiva, para devenir tal sujeto (observador). Y simultáneamente entra en el conjunto de reglas que lo convierten en un operador competente para **agenciar** los códigos y **proceder** (desempeñarse) pertinentemente. La operación de distinción instituye al observador. Las distinciones, nomizaciones y prescripciones, como son acciones, entran en los procesos interpretativos fundamentales y *constituyen* las situaciones sociales. Los enlaces recursivos que posibilita el lenguaje van diseñando un mundo construido por el sentido acordado en las conversaciones. El *cum-versare* no lo pienso sólo como una cuestión lingüística. Implica la concepción de discurso foucaultiana en el sentido que involucra gestos, comportamiento, coreografías, mensajes, etc. y la articulación de materialidades concretas.

En el dar vueltas de las palabras, en la conversación, en la incesante (y vana) persecución a la que están lanzadas las palabras procurando alcanzar a las cosas, a los reflejos, podemos decir que “se va tramando la vida” (horizontes, huecos, vacilaciones, afectaciones, ilusiones, formas, etc.). Un proceso de ontologización permanente pues, como vimos, la reflexividad del lenguaje permite volver sobre las construcciones previas y trazar nuevas distinciones. La concepción del mundo así sostenida otorga a “la realidad” un estatuto indeterminado y provisorio, pues ésta se asienta en los procesos interpretativos, que permanentemente diseñan, despliegan y pliegan los espacios sociales. Postular que la realidad social posee un estatuto lábil no implica por ello atribuirle menos eficiencia en su capacidad de afectación, ya que ésta *le es propia*, no tiene condición de exterioridad respecto a la vida social en la que está insita.

⁶ En la modalidad de intervención aquí aludida se articulan las perspectivas institucionalistas y los aportes del grupalismo. Para una profundización de estas cuestiones consultar ANA M. FERNÁNDEZ, *El campo grupal*, Buenos Aires, NV, 1989.

¿Cómo concebimos al **juego del observador** a la luz de nuestra modalidad de intervención?

De acuerdo a lo dicho, el observador traza sobre sí tipicidades que lo caracterizan de acuerdo a las indicaciones que efectúa una particular *competencia cultural* para legitimar a una observación y otorgarle el estatuto de **observación científica**. Pero estos rasgos pertinentes no son independientes del plexo imaginario y simbólico del que derivan.

En nuestra perspectiva el observador tiene una concepción de sí distinta de la que caracteriza al observador formado en el horizonte positivista. Vamos a ilustrar este punto con el encargo que recibe un observador marcado por esta tradición.

Cuando en una investigación se evalúa, por ejemplo, el *prestigio de una ocupación* y el resultado de la medición da un porcentaje que se mantiene constante aunque ya haya pasado mucho tiempo. Cuando los datos demuestran que hay una correlación entre las *cosechas* y el *número de matrimonios* en las sociedades de tipo rural, o que se incrementa la *tasa de natalidad* después de la *finalización de las guerras*, etc., el conjunto de hechos lleva a indagar por las razones que los explican, pues son hechos que se presentan ahí, sin que nadie sepa por qué.

Para los positivistas esta realidad social aparece como algo dotado de vida y caracteres propios. Los hechos sociales adquieren estatuto transpersonal. Mediante el uso de una analogía se pensó que de la misma manera que las moléculas individuales que componen los gases tienen un comportamiento independiente de las leyes que rigen los fenómenos gaseosos como tales, los *actores sociales* podían ser tratados como "moléculas" y apuntar a un orden de integración que tiene sus propias leyes: el *sistema social*. El orden social global aparece así como la manifestación de que "el todo no es igual a la suma de las partes", por lo cual tiene especificidad y vida propias.

Cuando Durkheim estudia el suicidio como hecho social, observa que aquellos grupos que por su posición en el mercado ocupaban los estratos de mayor pobreza tienen menor frecuencia de suicidios que el de los ricos, aun cuando la motivación en los primeros parecía ser mayor. La gran variedad de caracteres, biografías y motivos de los suicidas no impedía la existencia de tasas de suicidio estable entre ciertos grupos.

Al desarrollar su teoría del conocimiento social, las reglas relativas a la observación de los hechos sociales piden que los fenómenos sean tratados como **data**, pues éste es un punto relevante para cumplir con el mandato de atenerse a lo dado y posibilitar la verificación de los enunciados. Los fenómenos deben mantenerse más allá de las representaciones en las que advienen a la conciencia; deben ser considerados en su condición de

exterioridad. Esta es la esencia de la regla que ordena que el observador científico se atenga a los caracteres exteriores comunes de los fenómenos. Como lo señalara Giddens en *Las nuevas reglas del método sociológico*, los “hechos sociales” escapan así de la particular forma que adquieren en el espíritu del observador y se presentan con rasgos y caracteres que les hacen adquirir el estatuto propio de la naturaleza de las cosas.

En el caso de Robert K. Merton, su “paradigma para el análisis funcional” (*Paradigm for Functional Analysis*) —que excluye las explicaciones en términos de “motivos” y sustituye los factores subjetivos por otros que pudieran ser “objetivamente” verificables— implica un observador que concibe a la realidad como estable y consistente, en la que los fenómenos presentan carácter recurrente y objetivo. Son estos supuestos básicos los que llevaron al intento de localizar leyes que pudieran hacer previsible el funcionamiento de la maquinaria social. Esto explica los numerosos intentos por formalizar al máximo los datos recabados en las investigaciones, con el propósito de someterlos a manipulación de acuerdo a las posibilidades que ofrecen los modelos matemáticos. La expulsión de la subjetividad, el énfasis en la observación minuciosa y desapasionada se muestran aquí en el mismo sentido que lo viéramos más arriba.

El resultado de todo esto es la configuración del *paradigma funcionalista*. Este postula que ante el observador lo que se presenta es una realidad consistente, objetiva y estable. Las relaciones sociales presentan el carácter de exterioridad y coercitividad en tanto se presentan como objetivas. Por tanto, ante un mundo concebido como estable, objetivo y dotado de regularidad, es posible la aplicación del método científico, la búsqueda de conocimiento empírico verificable.⁷ Se delimita así el horizonte positivista, que demanda la observación de los hechos como objetivos, sometidos al principio del *fenomenalismo*, lo que tiene un estatuto central entre las reglas que se derivan de la doctrina positivista.⁸

Por el contrario, como ya he dicho, la concepción que sostengo produce un tipo de observador con distinta concepción de sí y de lo observable. Entre las principales características de este observador se pueden señalar las siguientes:

⁷ GARETH, MORGAN, *Paradigms, metaphors, and Puzzle Solvin in Organization theory*, 1980 by Cornell University. 605 Administrative Science Quarterly.

⁸ KOLAKOWSKI, LESZEK, *La Filosofía Positivista*, Madrid, Cátedra, 1988.

- a) niega toda naturalización del mundo.
- b) considera a la realidad como “efecto de discurso”, y se visualiza a sí mismo emplazado en un cruce de efectos heterogéneos.
- c) no supone un registro pictórico de lo real, por tanto no concibe que haya observaciones adecuadas e inadecuadas, salvo en referencia a reglas de cuidado metodológico.
- d) privilegia la presencia de las singularidades.
- e) no pretende rastrear un solo sentido en el campo de observación.
- f) el observador, *implicado*, registra perspectivas, escorzos, no totalidades.
- g) el registro que realiza es intencionado, incluso interesado, fragmentario y abierto.
- h) el observador tiene un estatuto provisorio y está sometido a los juegos interpretativos, identificatorios y transferenciales.

Esta concepción de las producciones y su registro demanda considerarlas en un horizonte de inacabamiento. La descripción es pensada desde el inicio como el resultado de la perspectiva que se produce por las intenciones, posiciones, intereses, competencias culturales, ideológicas y psicológicas del operador del agenciamiento.

Como ya dije, este traza distinciones y puntuaciones desde el haz de posibles que habilita su mundo socio-cultural, en general, y del diagrama institucional en que está emplazado, en particular. De modo que es en él donde encontrará las perspectivas, categorías y conceptos, imputados como pertinentes, para realizar las observaciones y caracterizaciones, identificar los rasgos que “llaman”, filtrar otros, elegir los escorzos, etc. guiado por el principio de lo que denomino *pertinencia enunciativa*. Ello está posibilitado porque el descriptor pone en acción sus **mecanismos de reconocimiento**, los que le permiten identificar rasgos pertinentes que hacen posible caracterizar un contenido.⁹

La capacidad de otorgar sentido está limitada por el campo de posibles que instituye el dispositivo institucional. Este, como forma cultural, como instancia de enunciabilidad, es el que posibilita que se cumpla una función significativa, la cual puede desplegarse sólo en un campo delimitado.

En tanto *significantes disponibles* para la observación, las imágenes, las palabras, los íconos, ofrecen el objeto virtual, abstracto, que ha diseñado el orden simbólico en el sistema de oposiciones de las distintas unidades significativas. Estas son las **unidades culturales**, de las que nos habla Umberto Eco.

⁹ Eco, U. *Tratado de semiótica general*, 1968, págs. 114, 345 y 346.

El carácter de disponible que asumen estas expresiones está posibilitado por el carácter material del significante, de acuerdo a lo postulado por J. Lacan. De modo que ponen **físicamente** a nuestro alcance, a entidades cuyo dominio de existencia eminente es de orden simbólico e imaginario. Esto se nos ofrece de modo paradigmático en el nivel universal y particular de las instituciones, las que sólo pueden localizarse en su completud como *constructo de pensamiento*.

El observador, en la forma cultural propia del positivismo, recibe un mandato que tiene las siguientes características:

- a) separación nítida entre sujeto cognoscente y objeto a conocer.
- b) neutralidad del observador, distancia afectiva.
- c) neutralidad valorativa. La ciencia no admite sino "juicios de hechos", "juicios de valor".
- d) registro minucioso, supuestamente objetivo, de lo dado.

Cabe agregar que la institución de la ciencia invisibiliza, entre otras cosas, los procesos interpretativos. Como tuvimos oportunidad de ver antes, éstos son desplazados como modalidad preparatoria, auxiliar si se quiere, de la tarea central para la ciencia: la explicación de los fenómenos.¹⁰ Pero el papel de la *interpretación* quiero tomarlo desde el lugar que le asigna la teoría social en la actualidad. Los procesos interpretativos, en tanto que fundantes de la trama de sentido que constituye la vida social, operan en la recursividad de la doble estructuración, de modo que la reflexividad posibilita la existencia de las propiedades estructurales que permiten a su vez la producción de las estructuras. El producto es al mismo tiempo medio de su producción. En este proceso de producción-reproducción de la sociedad, los procesos interpretativos instalan la *doble hermenéutica*¹¹ en que juegan los conocimientos y prácticas de los legos, implicados en contextos de su competencia particular y en las construcciones elaboradas por distintas disciplinas o lenguajes sometidos a cánones académicos.

De este modo al alcanzar a las actividades y conceptualizaciones propias del hacer científico, que queda envuelto en los procesos interpretativos, hace que la interpretación no se pueda ver ya como una condición de exterioridad respecto a lo que se consideraba dato esencial del hacer científico: la explicación y predicción.

¹⁰ VON WRIGHT, G.H., *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza, 1979.

¹¹ La Teoría de la estructuración desarrollada por GIDDENS resitúa el papel de la interpretación en el seno de la Teoría Social. Ella es necesaria, no contingente en el desarrollo de la acción social, y la práctica científica tampoco puede realizarse sin encontrar en ella sus condiciones de posibilidad existencial.

La perspectiva que sigo otorga importancia a la noción de **implicación**.¹² En primer lugar la presencia del cuerpo del observador que como vimos es una función, por consiguiente el lugar construido por las operaciones que habilita la lógica de un dispositivo de enunciación.

El observador debe ser situado en un proyecto que lo “marca” como cuerpo intencionado e intencionante, que se instituye en un haz virtual, generado por la posición y el proyecto en el que se inscribe y al que empuja para su realización.

El campo de afectaciones en el que se constituye el cuerpo del observador produce flujos de envíos y reenvíos que circulan entre todos los que están comprometidos en la experiencia y, en el caso particular del observador, se producen reenvíos marcados por el operar propio de éste en cuanto que observador, procesos de transferencia que invisten tanto a la figura del observador como al equipo coordinador, a la situación, etc. Envuelto en estas circulaciones el observador, involucrado en sus propios procesos transferenciales, va deviniendo entre múltiples registros.

Situado en un espacio relacional, incluso virtual, el observador es interpelado en cuanto a su propio posicionamiento. Queda abierto a procesos interpretativos, pues dada la capacidad autorreflexiva del lenguaje se encuentra sometido a descripciones en cuanto a sus características y posibilidades. Puede trazar distinciones y puntuaciones de los procesos y productos que se presentan ante sí.

Esta concepción que enlaza recursivamente descripción y prescripción es otro modo, desde una perspectiva particular distinta a la del positivismo, de situar tanto al observador como al campo fenoménico. Este está siempre en situación de inestabilidad e incompletud, toda vez que presenta líneas de fuga y dimensiones de invisibilidad indisociables. De allí la alusión al carácter fragmentario de las observaciones, al que ya aludiéramos.

En síntesis, en este punto realicé un movimiento de rescate de algunos de los sentidos que adquiere actualmente la perspectiva hermenéutica en ciencias sociales. Al subrayar el carácter constitutivo de los procesos interpretativos en la existencia de los espacios sociales he podido indagar por una configuración de agenciamientos distinguible. Ello a su vez me ha permitido localizar la *figura del observador* en el interior de un específico *juego de lenguaje*, que es propio de un diseño artificial, sostenido por la articulación a una trama discursiva en cuya

¹² Con esta noción LOURAU da cuenta de las vinculaciones, conscientes o no, de los actores con sus relaciones institucionales.

implicación adquiere la especificidad que lo distingue de la tradición positivista. Por último señalé las características que asume el espacio producido por un dispositivo y las producciones grupales que éste posibilita, para avanzar luego algunas consideraciones respecto al modo en que éste se presenta ante quien traza distinciones y por cuya operación deviene observador.

2. Ubicación de la crónica en el dispositivo grupal

Señalada la concepción del observador y las implicaciones del proceso de observación, voy a considerar a continuación uno de los instrumentos centrales para el registro de las experiencias: la crónica.

A efectos de tratar un conjunto de cuestiones que la crónica involucra, enumeraré aquellas que a mi juicio y en virtud de las experiencias realizadas merecen ser tomadas en consideración. Voy a explorar este *objeto cultural* como instrumento de registro de la observación en el trabajo con grupos. La crónica se sitúa como virtualidad en los diseños grupales, tanto para la realización de experiencias con grupos artificiales como cuando se los requiere como herramienta para ser utilizada en el registro de situaciones sociales naturales.

La crónica es un producto inestable, siempre en proceso. Se dejaría aprehender mejor en términos verbales, por lo que parece más pertinente aplicarle el infinitivo que dé cuenta de su atributo central: registrar, cronificar. En todo caso podemos apelar, para pensarla, a la noción de “totalización en proceso” (Sartre), que nos permite dar cuenta de su carácter fundamentalmente existencial, inacabado.

En el proceso de su producción, lo azaroso y perspectivizado son datos que entran como condiciones de posibilidad de su realización. La mano que escribe va dejando las marcas que el girar rapsódico de las distinciones, entrecortadas, cruzadas, inestables, y que se mueven en distintos registros, se “llevan por delante” a quien co-surge como observador porque distingue. A este cuerpo, literalmente no le alcanzan las manos, para llevar a cabo su trabajo de escritura. No es sólo cuestión de rapidez en la elaboración. Tampoco le alcanzan los ojos y los oídos para recuperarse de la invasión de imágenes, sonidos, movimientos, siluetas, escorzos, que, mostrándose como “mirage” sólo son convocados para poner en evidencia el fondo impreciso al que permanentemente se deslizan.

¿Y qué hay del sujeto aquí? Ni siquiera está imaginariamente posicionado como aquel que contempla una casa desde afuera, esa estable y quieta casa

ante cuya imagen se pierde.¹³ Por eso, más bien es una pérdida en términos de fragmentación y dispersión, las que colocan al sujeto en fuga permanente ante sí mismo, en grado mayor que la situación en que una imagen eclipsa al sujeto que la observa.

Y de todos esos tiempos, sus formas, y el destello de sus afectaciones, de todas las vacilaciones mudas, de aquellas emociones, fuertes o débiles, de todas esas vivencias, sólo quedan unas líneas secas, las marcas que dejara el rasgar de la estilográfica o el lápiz sobre la superficie blanca del papel. En lo “dado-ahí” sólo eso es la crónica. Parece que habla, pero no dice nada, como todo aquello que nos es dado como *data*.

Trabajar la crónica es una forma de describir el acto que la hace advenir como existente. La crónica espejea entre el papel escrito y los ojos que la leen, por eso no es otra cosa que el efecto de un encuentro, y por eso cada encuentro efectúa una nueva crónica.

Pero también es una conmemoración.

Las producciones colectivas han sido concebidas en términos de distintos paradigmas. ¿Cuál sería la forma más pertinente, y quizás coherente, que nos permitiese pensar las producciones tal como se nos ofrecen a la luz lunar de la crónica?

Exploremos la siguiente afirmación: La interacción social produce todo tipo de textos. Produce un texto no porque lo produzca “en sí”, ni siquiera porque una metaforización textualizadora diese cuenta de un orden tal en virtud de un supuesto isomorfismo. Simplemente decimos que lo que queda, la materia sobre la que se elaborará, con la que se trabajará, es un texto, en rigor, un texto que desplaza intertextos. Esta es la *ocasión*, el acontecimiento tal como ha sido localizado y registrado por el observador, es decir, tal como ha sido detenido provisoriamente para responder a un *encargo*.

Las afectaciones, las intensidades, como la vida singular, no vuelven más, en su concretización real, pertenecen a la *erlebnis*. Quedaron las marcas, los dichos en un escrito. Es fundamentalmente ahí donde se puede sostener la idea de trabajar *también* con los aportes de la lingüística, la semiología, el análisis del discurso, la etnometodología, como forma de tratar el material cuyo dominio de existencia eminente ya es de orden simbólico.

¹³ MERLEAU-PONTY, mostrando el carácter intencionado de la conciencia, señala la imposibilidad de captar en su totalidad un objeto fijo que se ofrece a la percepción, como acontece al observar una casa. Esta no presenta sino escorzos, y sólo puede ser captada en cierta perspectiva. Aun en su fijeza no puede ser tomada desde todos los puntos de vista.

En ese sentido, apoyándonos en que trabajamos con las palabras, escritas en la crónica, u orales, en las conversaciones actuales sobre lo acontecido, es que podemos “imaginarizar” una trama de enunciados, un *lienzo simbólico*, como podríamos decir tomando la metáfora geertziana, en suma una textualidad.

Esta trama, este lienzo cuya substancialidad es del orden del sonido y de la luz, tiene su dominio de existencia en el mutuo reenviarse de lo imaginario a lo simbólico y viceversa. Este juego de travestimiento, en el que creemos aprehender un símbolo y de pronto éste se vuelve imagen, y cuando estamos ante una imagen ésta se transforma súbitamente en símbolo, ha sido expuesto en su complejidad por Castoriadis.

No concibo a la trama de enunciados como un “dado-ahí”, inscribiéndome en la línea de pensamiento que postula el desfondamiento del mundo, y a la realidad como un puro invento, cualquier género, entre ellos la crónica, no puede ser considerado sino como *ficción*.

En el caso que me ocupa se trata de una operación de distinción *efecto de metáfora*, pues nos instala en una imagen ligada al producto de la palabra escrita, a las marcas gráficas impresas en papel, las que, visualizadas como formas, las concebimos como *texto*. Ahora, remontando la serie que instituyera este concepto, la figura “texto” deriva de un campo de actividades y producciones sociales alejado del mundo de la producción y la reproducción de la palabra escrita. Ese otro campo es el de la producción de hilados, el arte o industria del *tejido* del que se desplazan los significantes para condensarse en la figura “texto”.

Por tanto, estamos en presencia de un juego derivativo, un símil de la denominada *derivación delocutiva*, trabajada por los lingüistas,¹⁴ uno de cuyos efectos es generar la ilusión de que existen propiedades y cualidades en las cosas. Pero, en tanto que forma, visualizamos una producción de sentido muy cercana al “hueco” de lo real, al cual, al tiempo que lo oculta en la sutura, lo produce.

Un primer efecto discursivo es darse una realidad, en este caso podemos considerarlo un “efecto paradigma”, si lo tomamos como lo más cercano, casi una región de la episteme, de **una** episteme. Por consiguiente, como es obvio, no es que las producciones grupales o realizadas en los espacios institucionales sean textos, sino que son **textualizadas** por una operación propia del efecto paradigma.

Sólo después de esta aproximación quedamos habilitados para concebir un **observador singular concreto**, quiásmico, que, en tanto distingue

¹⁴ Entre ellos, quien a trabajado en profundidad este tema es OSWALD DUCROT.

textos, discursos, enunciados, los observa, es decir juega ese juego, y en virtud de él es constituido, es interpelado como **tal** observador.

Ahora se puede hablar de enunciado, enunciación, marcas, etc., apoyados en la materialidad de las formas que brinda la crónica.

Como las palabras quedaron ínsitas en eso intangible y constitutivo, que es lo imaginario, podemos vivir la ilusión de que estamos trabajando con las cosas mismas, con la realidad.

Las producciones grupales, las afectaciones mismas, en tanto marcas, son *distinguidas como significantes*. ¿Cuál es su contenido? No sólo materia fónica, también acciones, gestos, esquemas comportamentales, interacciones, coreografías, productos materiales y simbólicos.

Aquí estamos ante el problema de la pertenencia, toda vez que estos fenómenos se deslizan en distintos dominios de existencia. Es válido preguntarse, y problematizar, el trabajo de síntesis entre componentes que se ubican en distintos dominios de existencia. La perspectiva interpretativa parece bordear estos problemas situando la cuestión en términos de las *formas de vida*, los distintos juegos de discurso que conforman las instituciones. Las descripciones de la acción social requieren la implicación del observador en esas formas de vida a fin de captar el “mundo de conocimiento mutuo” y poderla tematizar.

3. Problemas de puntuación

Captar el sentido de la acción es alcanzar mediante la interpretación, como proceso mediato, de elaboración, los diagramas, las elecciones, los usos, etc. que, formando parte de las condiciones de producción de los espacios sociales, son articulados por los actores sociales en un haz que posiciona y distribuye componentes simbólicos y materiales.

El observador también está comprometido en la específica operación de construir sentidos. Después de todo, una **huella** es una **marca** violentada, arrancada de los *realia*, de lo innombrado.

Es válido señalar dos posicionamientos que tienen que ver con el punto de vista del observador: uno está relacionado con el operar en clave *etic*, otro con el operar en clave *emic*. Equivalente de esto sería considerar un campo fenoménico en términos de su propio dominio de operaciones, o hacerlo desde otro dominio, esto es lo que ocurre cuando se atribuyen a fenómenos y mecanismos del dominio físico o biológico, cualidades y acciones propias del ser humano, aquello que se denomina *antropomorfismo*. También es el problema etnográfico de atribuciones culturales propias del observador

proyectadas sobre el campo que se está estudiando, violentando el sentido que es propio de este último.

Como se sabe, éste es un tópico muy trabajado en antropología, disparado fundamentalmente por el desafío que presenta la interpretación del sentido de la acción social y sus producciones, en particular porque los procesos interpretativos en que se encuentra involucrado el etnólogo implican la presencia del "otro".

Señalar aquí el problema de la oposición *etic/emic* implica revisitar problemas que no son sólo de orden metodológico o interpretativo, pues involucra cuestiones de orden ético, en lo que hace a la fidelidad de la atribución de sentido por parte de los observadores. La cuestión de hasta qué punto las descripciones de un observador respetan el sentido imputado por los observados a sus actos, o, más allá de lo advertido por éstos, la inquietud de hasta qué grado las interpretaciones dan cuenta de las articulaciones y las lógicas que los agentes sociales despliegan, interpelan al posicionamiento del observador. ¿Este se coloca desde fuera o desde dentro del campo de producciones? ¿Qué consecuencias tiene esto en términos del respeto de la diferencia? ¿Y de los problemas de la violencia simbólica? ¿Cómo evitar la apropiación de sentido? etc.

El uso de conceptos "ceranos a la experiencia" (Geertz), el respeto a las lógicas del acontecer para no violentar su sentido, es un posicionamiento que difiere de aquellos que tienen una orientación centrada en las capacidades de apropiación de los diseños del observador.

Esta distinción es posible sostenerla aún cuando nuestro presupuesto sea "ficcional". Es decir, finalmente no queremos otra cosa que diseñar ficciones pertinentes, enderezadas a trabajar las producciones de sentido en situaciones concretas.¹⁵ Pero esto no implica descuidar el plano comportamental, toda vez que es en el discurrir de la acción social, donde las formas culturales articulan y se concretizan en artefactos, y objetos mentales.¹⁶

Creo que es posible postular, acordar, una diferencia de grado entre las ficciones que toman en consideración y se quedan, cerca de la experiencia, al campo en el que algo se *oye* y es *visto*, de aquellas construcciones, más afectadas por operaciones *etic*, que se alejan de la experiencia y usan conceptos acorde con ello.

Esto implica el problema de tensionarse hacia esas regiones donde la alteridad, la exterioridad radical, sin sujeto que la nomine, carece de toda

¹⁵ GEERTZ, CLIFFORD, *La interpretación de las culturas*, Mexico, Gedisa, 1987, págs. 28 y 29.

¹⁶ Idem., pág. 30.

posibilidad de síntesis. La superficie sin marcas éticas, estéticas, *eso* para lo que las palabras vacío, silencio, indiferencia, resultan extraordinariamente llenas. Es el dominio de lo otro que ha sido perdido entre la luminosidad y las sombras del advenir de la palabra, en la región que algunos denominan *luco*. Ahí donde se habla, allí donde se produce sentido, ello se nos enfrenta con toda su densidad, y al mismo tiempo queda envuelto en la mutua implicación con mi propia producción de sentidos, desde las fronteras de mi propio dominio lingüístico. En este caso, desde los límites de nuestro campo semántico, desde los bordes del lenguaje de nuestras incompetencias.

Directamente relacionado con esto está el hecho de inaugurar un proyecto: acceder a las lógicas que operaron allí, recorrer las articulaciones, rupturas, derivaciones, desplazamientos, etc., siguiéndolos en sus propios términos, es decir, saltando hacia esos otros códigos, articulaciones de luz, intensidades y producciones propias del juego que allí se jugó, y del dispositivo que los convocó.

El trabajo de la crónica implica un sujeto que conoce, en la medida que es imposible ser incompetente. Pero la cuestión es que quedamos (o jugamos a quedar), sin esas palabras llenas de Verdad. La *Erlebnis* nos posiciona, nos posesiona como estando en el mundo, la crónica, testimonio fragmentario y en fuga de lo vivido, nos expulsa de todo Saber, nos constituye en el no-saber. Barajar y dar de nuevo. El juego que allí se ha instalado se llama *Distinguir*.

Siguiendo el juego, hay que balizar el campo de lo informe, realizar las primeras marcas: insistencias, rarezas, silencios, intensidades. Es decir ciertas marcas observables a las que les prestamos atención.

El sentido como efecto de puntuación implicaría asignación de significación y "hacer letra". Ese sería un efecto posible, explicable con cualquiera de las figuras que he empleado. El sentido preexiste al eslabonamiento de marcas que, abrochadas, devendrán marcas significativas, producirían efectos de significación.

A la "exterioridad" propia del campo fenoménico en cuestión, podemos pensarla como plegada en un **pensamiento del afuera**, tal como nos lo propusiera M. Foucault, apuntando a corernos de la idea de una conciencia que aprehende el sentido. Parece pertinente, por tanto, considerar que desde el inicio estamos trabajando con un material ficcional como anunciamos más arriba, esto es, con el relato, en el dominio de existencia propio de la palabra. Hoy concebimos la palabra como opaca y productora de efectos de realidad, no vía de acceso a una supuesta articulación real que se haya dado y aguardase una imputación de sentido que le prestara palabra a su silencio.

Abordaré a continuación las cuestiones y problemáticas vinculadas a la

lectura del material. Este momento, posterior al relevamiento de la información, obliga a un juego distinto del que se realiza en la observación, de modo que procuraré mostrar las características que adquiere desde mi punto de vista.

4. Cuestiones de lectura

Los atravesamientos que recorren y posicionan a los agentes sociales, diseñando las estructuras comportamentales, se expresan en verbalizaciones, acciones, e interacciones que operan como materia significante. Señalaré una vez más que hago un uso extensivo de significante, de modo que no aluda sólo a materia fónica, sino también a gestos, comportamientos, relaciones, productos simbólicos y materiales, etc. Sostengo que la copresencia de distintas instituciones, tal como operan en los espacios concretos, sólo puede ser observada siguiendo las marcas significantes. En tanto, como vimos, éstas son *unidades culturales*, son pasibles de ser convertidas en huellas, es decir localizables en los campos institucionales a los que pertenecen.

Con esto concluyo que la *transversalidad* es el conjunto de operaciones que las circulaciones, afectaciones y articulaciones de significantes de distintas instituciones realizan en espacios concretos.

Como acontecimientos que se ofrecen fragmentarios y en devenir, involucran palabras y cosas, las que suponen cuerpos y estados de cosas, es decir afectaciones activas o pasivas. Tales cosas producen efectos que no son cuerpos, sino *incorporales*, que no están dotados de cualidades físicas y que son del orden del acontecimiento. No son por tanto sustantivos ni adjetivos, sino el resultado de acciones. Pero los estados de cosas, como cantidades, cualidades, acciones y pasiones, no son exteriores al ser, y por tanto a la substancia, de modo que los estados de cosas puedan asimilarse a lo no existente. Los estados de cosas son seres tan corpóreos como lo es la substancia. Las cualidades y cantidades, como parte de la substancia, se oponen a un “extra-ser”, aquello que es solo un efecto: lo ideal, lo incorporal que se manifiesta en la superficie de las cosas.¹⁷

Estos acontecimientos incorporales en la superficie de los cuerpos, que tienen su espesor y sus mezclas, producen atributos, es decir, una “manera de

¹⁷ En este pasaje hago uso de los aportes de G. DELEUZE, en particular de los que realiza en la *Lógica del sentido*.

ser”, un resultado, que se expresa con un verbo. Son los eventos, o los aspectos exteriores producidos por la actividad de un ser, del que se puede predicar “crecer”, “cortar”, “presionar”, “verdear”, etc. Son atribuciones imputadas a las cosas, pero no una cualidad de ellas, y sólo existe en la proposición que expresa tal atributo, al designar la cosa, de ahí que se hable de sentido como aquello que es expresable o expresado por la proposición.

El sentido es bifronte: una cara da a las cosas, la otra da hacia las proposiciones. El sentido se ubica en la frontera de las palabras (proposiciones) y las cosas. Esta frontera separa, de un lado y otro, proposiciones y cosas, articulando su diferencia. El modo de expresión que más le conviene, como ya vimos, es el verbo en infinitivo, con su carácter neutro e indeterminado: *dar*, *fascinar*, *imponer*, *manipular*. El verbo expresa un contenido de la proposición, el sentido, el acontecimiento, que se desliza rehuyendo siempre el presente. El concepto vuelve circularmente sobre sí, repitiéndose en su identidad. Los objetos, las personas, se afectan en los juegos de fuerzas, y son sujetos de acontecimientos.

He realizado este desvío para señalar la perspectiva que permite realizar una lectura de las observaciones que se realizan. Los registros, con sus marcas, han permitido establecer conexiones entre acciones, gestos, verbalizaciones, comportamientos, producciones de las que es posible realizar una *descripción densa*, de acuerdo a la fórmula de Geertz.

Los juegos de fuerza, las afectaciones, que circulan y realizan configuraciones en los espacios sociales que hemos observado y en los que realizamos nuestras prácticas, conectan series heterogéneas compuestas de imágenes, objetos discursivos, perspectivas, enunciados, objetos materiales, relaciones, cuerpos, lugares, etc. Las palabras recorren la superficie de los cuerpos, los fantasmas articulan formas y materialidades. Las construcciones discursivas que hemos visto operan con lógica similar.

Producir sentido supone el esfuerzo por seguir las conexiones y las afectaciones que circulan o insisten en el campo de observación. Describir los juegos discursivos, el pasaje de unos a otros y sus transformaciones, implica localizar los códigos implícitos en ellos.

La indexicalidad de todas las formas simbólicas, como es interminable, lanza al investigador a una tarea de permanente sustitución de expresiones indexicales, tal como se producen en los espacios sociales, procurando señalar sus sentidos introduciéndose en el juego de la “semiosis infinita” de las que nos hablara Peirce.

Procuramos seguir las marcas en el movimiento o estado en que el sentido exprese, en una forma verbal, el encuentro, el choque, o la convergencia de palabras y cosas. De ese modo los atravesamientos y sus

juegos singulares se dejaran decir en palabras como “fascinar”, “escolarizar”, “interpelar”, “ocultar”, “desplazar”, “repetir”, “psicoanalizar”, “burocratizar”, “dogmatizar”, etc. Estas son *circulaciones de sentido*, incorpóreos que expresan haces de actividades, afectaciones que se producen en los juegos situados.

En ellos las fuerzas heterogéneas se cruzan y constituyen acontecimientos en que ese enunciador, que observa, queda situado como partícipe del acontecimiento mismo. Como en las láminas de Escher, la perspectiva del que observa y despliega el mundo que distingue, torsiona sobre sí, tomándolo de los hombros, y lo interpela para que distinga sus distinciones, obligan a que se *observe observar*.

La idea que guía la concepción de la transversalidad institucional supone, en lo que hace a los problemas de lectura, que la presencia multiforme y elusiva de las instituciones opera como estado-presencia o como presente-ausente. Sus significantes, copresentes en las organizaciones concretas, sufren un fenómeno de escotomización, explicable por el efecto que produce en ellas la afirmación de su identidad.

Las instituciones singulares son distinguidas y descritas en términos de las relaciones, normas, acuerdos y productos definidos como específicos de las mismas, y que las ligan a algún campo particular. En este caso se trata de establecimientos singulares vinculados a los espacios de enseñanza superior, y localizables en ellos.

La noción de transversalidad posibilita descentrar la mirada y sostener el análisis más allá del objeto real. Se extiende así la visibilidad a la presencia de otras instituciones, cuyos significantes se muestran en el sentido. La circulación de vocablos y acciones que se localicen como *edipizar, interpretar, ser interpretado, contener, analizar*, etc., son modos en que la institución “Psi” circula en los significantes, del mismo modo que asistir, cooperar, realizar informes ambientales, etc. son sentidos en que se muestra la institución de Trabajo Social. Y lo mismo podemos decir de la presencia de la escuela circulando como efectos de *pedagogización*, en los que se articula tanto el *instruir*, el *reconocer el saber*, el *valorar el conocimiento*, como el *declarar amor a la ciencia*, el *trasmitir reglado* del conocimiento, el *geometrizarse*, o el *operar de acuerdo al principio de pureza*, del que nos hablara Mary Douglas.

La presencia de lo segmentario cruzando los espacios en los que uno realiza prácticas u observaciones, como el sentido, es “no visible y no oculto”. Si consideramos como enunciados tanto a las cadenas de verbalizaciones, como a los comportamientos, podemos realizar proposiciones pertinentes para dar cuenta del plexo de sentido en que se inscriben, o son posicionados, actores concretos en situaciones concretas.

Cuando un docente, desempeñando sus tareas, asume posiciones unilaterales en los enfoques, insiste en esquemas identificables dentro de determinado cuadrante ideológico o político y es descripto como alguien que usa la cátedra como tribuna, es fácil señalar operaciones discursivas de un orden institucional ausente produciendo afectaciones en presencia. La inscripción de este docente en un grupo de referencia anclado en otra institución de orden político, permite el despliegue en una institución educativa singular de algunos códigos lingüísticos y paralingüísticos. Al desplazar formas simbólico-imaginarias de la esfera política a la educativa, posiciona en ésta a un agente marcado en otro registro.

No siempre las circulaciones se muestran con esta visibilidad. Un *criterio de distinción* como el que existe en la tradición positivista que separa claramente al sujeto del objeto y construye una realidad estable y sometida a regularidades requiere de un trabajo de mediaciones para que quien es sujeto del discurso de esa tradición pueda entablar diálogo con quienes dibujan una realidad inestable, provisoria, incierta, y producen un desvanecimiento no sólo de la realidad, sino también de las leyes que ordenan la realidad, las que son desplazadas por la instalación de la incertidumbre o lo azaroso como constitutivo de la realidad.

Los efectos que producen estos atravesamientos a veces son de considerable importancia, como he tenido ocasión de observar en el caso de las dificultades del alumnado para viabilizar nuevas propuestas pedagógicas.

Cuando la presencia de lo segmentario en las instituciones es muy pregnante genera desconcierto y dificultades en el posicionamiento de rol y en el reconocimiento en las interacciones. Hemos tenido oportunidad de ver esta situación en el caso de docentes que, formados en instituciones externas al ámbito de las facultades, orientan su acción en términos de los esquemas de los grupos de referencia, incluso repitiendo roles propios de las prácticas que se realizan en ellos.

Ciertos estilos, ciertos códigos paralingüísticos, los enfoques, etc., revelan el modo, los *etnométodos* propios del consultorio, del buffet, del gabinete de investigaciones, operando en el desempeño de algunos docentes.

En el caso de los especialistas en coordinación de grupos formados en instituciones externas al ámbito de la universidad, pero que han recibido su formación de grado en la misma, cuando debían realizar su práctica como docentes se encontraban con dificultades para definirse a sí mismos desde su rol, de modo que se preguntaban en calidad de qué estaban posicionados, si como coordinadores de grupo o como docentes. Pero la ambigüedad de su gesto, al entrar en el juego de las interacciones, desdibujaba ante los alumnos aquello que la psicología social denomina *tipicidad de rol*. De ese modo

quedaba habilitado un espacio proclive a los equívocos.

La definición de la situación por parte de los participantes, en ese caso, bascula entre un proceso de enseñanza-aprendizaje dentro de un dispositivo pedagógico usual, a la conformación de grupos que demandan “contención”, búsqueda de apoyo afectivo, o de novedades de orden emocional imprecisamente definidas, en suma, una orientación hacia lo “psi” que, al psicologizar los modos de pensar la situación traduce las dificultades—ancladas en problemas técnicos, de incompetencia, negligencia, error, etc.—en términos de problemáticas emocionales o de orden “familístico”.

La descripción de los gestos, indexicalidades, etc., realizadas con las suficientes prevenciones, nos permiten dar cuenta de operaciones de lo *no-dicho institucional* cuyos efectos no se manifiestan con trazos fuertes, pues operan en pliegues moleculares, pero son efectos que recorren las prácticas y los posicionamientos, produciendo líneas de fractura y efectos molares.

En esta última parte he propuesto una modalidad de lectura que busca atenerse a los *efectos de superficie*, de modo que el seguimiento de los eventos, el señalamiento de las marcas, las cadenas de marcas, las huellas significantes, etc., puedan ser respetadas en sus propios términos.

A modo de conclusión diré que, como se desprende de lo expuesto, el conjunto de cuestiones consideradas, desde la observación a la lectura de los eventos, pasando por el señalamiento y las conexiones de las marcas, adquieren su sentido en el interior de un *proyecto* que toma en consideración cuestiones como la transformación de las relaciones saber/no-saber, y saber/poder propias de los espacios institucionales.

La idea clave que guía la modalidad de intervención en los ámbitos institucionales, y que se encuentra presente en este trabajo, apunta a un espacio virtual en el que la recursividad corre permanentemente los bordes de toda realización supuesta como acabada. Este proyecto es el del mejoramiento del coeficiente de *transversalidad institucional*, con el conjunto de dimensiones que el concepto implica. A las relaciones antes citadas debo agregar la ampliación del horizonte de las comunicaciones y la expansión de los espacios dialógicos, lo cual implica trabajar las codificaciones puramente informacionales, el análisis de las redes transferenciales, etc.

El lazo de sentido en que quiero inscribir este aporte brota de colectivos singularizados que apuntan a la realización de algún proyecto direccionado al respeto de las singularidades, la *gestión de las diferencias* y las transformaciones de las relaciones señaladas anteriormente. El bucle de sentido emerge de allí y vuelve desde las mediaciones realizadas a la fuente de la que brotó.

BIBLIOGRAFÍA

- BATESON, G., *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires, Lohle, 1985.
- CASTORIADIS, C., *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets, 1983.
- DELEUZE, G., *Lógica del Sentido*, Barcelona, Barral, 1971.
- DOUGLAS, MARY, *Símbolos Naturales. Ensayos en Cosmología*, Madrid, Alianza, 1978.
- Eco, U., *Tratado de semiótica general*, España, Lumen, 1985.
- FERNÁNDEZ, ANA M., *El campo grupal*, Buenos Aires, NV, 1989.
- FOUCAULT, M., *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, 1996.
- GARETH MORGAN, *Paradigms, metaphors, and Puzzle Solvin in Organization theory*, 1980 by Cornell University. 605 Administrative Science Quarterly.
- GEERTZ, CLIFFORD, *La interpretación de las culturas*, México, Gedisa, 1987.
- GIDDENS A., *Las nuevas reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.
- GIDDENS A., *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995.
- HOPSTADTER, R. DOUGLAS, GODEL, ESCHER, *Bach, an Eternal Golden Bratd*, Basic Books, Inc. 1979.
- KEENEY, BRADFORD P., *Estética del cambio*, Buenos Aires, Paidós, 1987.
- KOLAKOWSKI, LESZEK, *La Filosofía Positivista*, Madrid, Cátedra, 1988.
- LOURAU, R., *El Análisis institucional*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.
- MERLEAU-PONTY, M., *Le visible et l'invisible*, París, Gallimard, 1964.
- SARTRE, J. P., *Critica de la Razón Dialéctica*, Buenos Aires, Losada, 1963.
- SCHÜTZ, A., *El problema de la realidad Social*, Buenos Aires, Amorrortu.
- SCHÜTZ, A., *Estudios sobre Teoría Social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974.
- VON WRIGHT, G.H., *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza, 1979.